

Leer sin urgencias, pensar con tiempo

Graciela Perriconi*

Si en verdad leer, como dice Daniel Pennac (1996), es un tiempo robado al deber de vivir todos los días y cumplir los mismos ritos que nos permiten estar "comunicados" con los otros en el afanoso ritmo de este tiempo, si leer nos posibilita recuperar ese paraíso perdido que es la intimidad, es decir, nos da permiso para estar solos con nosotros mismos, con nuestros rumores y nuestra historia, en silencio; entonces leer es una actividad humana que nos vincula con un tiempo sin urgencias.

Este comienzo, que parece poético, tiene para quien lo escribe un objetivo claro: reflexionar sobre los modos y las formas que adopta la lectura en este fin de siglo impregnado por la presión mediática, que atenta específicamente sobre ese tiempo arriba mencionado y atomizado por muchos ruidos con fuertes interferencias, que responde a intereses ajenos a los sanos intentos de mejorar el encuentro del libro con el lector.

Sabemos que todos leemos variados formatos textuales y nos sometemos generalmente a los no verbales que son hoy un motivo de investigación y de discusión constante. ¿Cómo se procesa la información recibida? ¿De qué forma la invasión de los medios, de la publicidad, de los libros elaborados como "parches o remiendos" desde el diseño gráfico han incidido en la voluntad del lector y en la comprensión del mensaje? Cuando en París salió en diciembre del año 1996, **Sur la télévision** (*Sobre la televisión*)¹, "el librito rojo" del sociólogo Pierre Bourdieu² produjo una ola de adhesiones y otra tan apabullante de rechazos; pues, en su libro, el famoso pensador francés puso en evidencia el avance indiscriminado de los *fast thinkers* o rápidos pensadores que realizan una lectura fugaz, frágil, que ahorra tiempo e incide en la construcción del pensamiento.

Nada hoy más contrario a la organización de un sistema de ideas que la velocidad. Por eso los medios y la publicidad apelan a la rapidez de recepción y a la velocidad de información. Fundan su mensaje en la fragmentación y la superposición de imágenes en el discurso. Se trata de poner al lector en condiciones de no pensar, de almacenar, de repetir sin

* La autora es profesora y licenciada en Letras y Filosofía, egresada de la Universidad de Buenos Aires. Se dedica a la literatura infantil y juvenil, y a la lectura. Es escritora y editora.

¹ En el artículo nos referimos al texto **Sur la télévision**, que incluye dos conferencias: 1. "*Le plateau et ses combisses*" y 2. "*Le Structure invisible et ses effets*", y *Annexe "L'emprise du journalisme"*. Son dos cursos televisivos presentados en forma clara y sintética. Las citas de referencias pertenecen a estas conferencias.

² Pierre Bourdieu nació en 1930, es un sociólogo de la cultura y un gran intelectual de este tiempo. Ha tratado de elaborar principios que regulen el conocimiento de lo social y garanticen el desarrollo de una ciencia social objetiva. Entre sus principales conceptos se halla el de **violencia simbólica**, campo ya incorporado al acervo de las Ciencias Sociales, **habitus** entre otros; muy combatido a la vez que admirado por sus ideas, miembro del College de France, ha revolucionado el criterio de la lectura de los medios en este fin de siglo. Entre sus obras podemos citar: **Qué significa hablar**; **Economía de los intercambios lingüísticos**; **Sociología y cultura**; **El oficio del Sociólogo**; **La Miseria del mundo** y **Respuestas a una antropología reflexiva**, entre otras.

analizar, de olvidar con facilidad y de recordar aquello que no sabe si es significativo o no, pero sí le es útil a la ideología de estos rápidos pensadores.

Lo que sostiene Bourdieu no nos es ajeno. Nuestra televisión tiende a imponer un concepto de información relegada tradicionalmente a los diarios sensacionalistas. Ejercen una suerte de "violencia simbólica" sobre el espectador (un secreto pacto de mutuo consentimiento entre el que ejerce la violencia y el que la recibe) para explicar esta sutil forma de censura que ejerce el periodismo, más allá de la impuesta por intereses económicos o por controles políticos. Pero esta sutileza no se registra como censura ni por quienes la ejercen ni por quienes la padecen. El autor sostiene que existe una paradoja en aceptar que un medio tan tiranizado por el tiempo como es la televisión destine tanto espacio a las catástrofes, noticias policiales, resultados deportivos, especialmente al fútbol y a la farándula o a todo lo que se aproxime a un estado de simulación de la realidad, también inventada a beneficio de los medios. "Usar un tiempo precioso en banalidades significa que esas banalidades son importantes para ocultar cosas preciosas" o bien "para banalizar lo que podría ser problemático, simulando que se lo tiene en cuenta."

Leer tiene que ver con el tiempo, ya lo dijimos. Pensar, también. La elaboración intelectual necesita del tiempo y la comprensión es un proceso muy complejo, que supone desmontar las ideas recibidas y se corrobora a través de largas cadenas de razonamiento indisolublemente vinculadas con una línea temporal. Esta es la sustancia del pensamiento pensante.

"El pensamiento rápido apela a ideas hechas, opera una ilusión de comunicación", dice Bourdieu. Los intelectuales, los investigadores, los creadores, los científicos o cualquier otra persona que necesite exponer su pensamiento en forma graduada y coherente, quien desee argumentar sin acudir a la descalificación que es una manera rápida de no pensar, no ingresa en los medios, el lugar donde todo se simplifica, sin análisis posible.

Bourdieu analiza sin complacencia los programas periodísticos de televisión que se muestran como modelos de ejercicio democrático y vamos a tomar su ejemplo para que el lector saque conclusiones sobre el manejo de programas similares en nuestro país.

El presentador o conductor, periodista profesional, impone el tema y su planteo por medio de preguntas y reflexiones que, a veces, son tan "absurdas" y "absolutas" como la dinámica que va imprimiendo.

Luego se aclaran las reglas del juego y el respeto a esas reglas; no se da el mismo tiempo a cada invitado, y la interrupción es un privilegio que posee quien conduce, pocas veces quien concurre. Aquí cabe agregar otro ejercicio de desigualdad mayor que es la que separa a los profesionales de la palabra de quienes no lo son. "Cuando se quiere que alguien que no es un profesional de la palabra logre decir algo (...) hay que hacer un trabajo de asistencia a la palabra. Los presentadores no lo hacen. No ayudan a los desfavorecidos sino que lo hunden" -dice nuestro autor, basándose en su propia experiencia de entrevistador, en su obra **La Miseria del mundo**-. A tal punto estos programas sostienen en sí mismos fundamentos autoritarios que

sólo se pone en claro el pensamiento de quien ha comprado el espacio. ¿Y el televidente, ese lector de múltiples discursos a quien todos buscan para que obedezca más que para que piense?

Lo lamentable de este fenómeno mundial es que la televisión se ha convertido en árbitro del acceso a la existencia social, como en la triste frase de la película **Todo por un sueño**, “si no salís en la televisión no existís” o en la de Berkeley que cita el sociólogo, “Ser –dice– es ser percibido”; pero, para estos pensadores fugaces es ser percibidos por la televisión, en definitiva, es ser percibido por los periodistas, los comunicadores sociales, o “bien visto” por ellos. “No existís” cobra permanencia y fuerza ya que “quien quiera proponer algo valioso, hacer un reclamo colectivo o dar a conocer su trabajo relevante debe acudir a un asesor en comunicación”.

Bourdieu se atreve a pensar con las categorías de lo universal y la razón, categorías que la posmodernidad ha desterrado hace años junto con la historia. Y se atreve casi con un idealismo setentista a reivindicar la importancia de pensar sin urgencias para evitar el riesgo de la masificación y reitera la idea de un hombre autónomo, dueño de sí, capaz de elegir vivir en democracia. Casi una nostalgia, no la democracia, sino el desarrollo de estas conferencias que señalan otros aspectos preocupantes y desestructurantes de la conciencia libre: a) el retorno a la tribalización, b) la ausencia de argumentos, la pérdida del pensamiento crítico.

En el primer caso, Bourdieu extiende su interpretación no sólo al campo de la cultura sino a los espacios jurídico y político, ya que los medios han crecido en su voluntad de exacerbar las pasiones elementales desde los tribalismos hasta linchamientos simbólicos. Un ejemplo claro es mostrar asesinatos a niños, violaciones, justicia por mano propia, desnudar los sentimientos de venganza más primitivos para presionar la discusión y más aún la imposición de la pena de muerte en sociedades como las nuestras, por ejemplo, en las que la justicia está descalificada y se vive una suerte de anomia de valores y normas de convivencia, con lo cual se pone en juego en la conciencia colectiva la lógica de la represalia contra la que se edificó toda la lógica jurídica”.

Estado de tribalización, ojo por ojo y diente por diente versus enjuiciamiento, sanción o reparación. En otras palabras versus la ética dialógica, que propone una reflexión sobre los hechos y un consenso sobre los modos de relación de los hombres en una sociedad que debería actualizar permanentemente sus canales de participación.

Sobre el segundo punto, la ausencia de argumentos puede interpretarse desde dos lugares, uno es el de la producción cultural que siempre sostiene las ideas y los procesos intelectuales que dan pie a la ciencia, la literatura, el derecho, el arte, la filosofía y que se han manifestado contra la lógica comercial y su difusión mediática; está por lo dicho fuera de la lógica interna que sustentan estos espacios del saber. El segundo lugar se percibe en el “apuro” por exponer casi siempre ideas poco solventes en sí mismas, ya que argumentar es consolidar una red de conceptos a lo largo de una línea de tiempo y de soledad personal.

No hay espacios para argumentos que puedan cambiar el modo de pensar y de actuar de las personas, hay espacios vacíos, de los que habla Lipovetsky, por todos lados, que justifican el individualismo, la legitimidad de economías liberales a ultranza sin piedad y la mistificación del poder y el éxito a corto plazo, fáciles como los tiempos sin complicaciones que se inventan los fáciles pensadores que no buscan trascender sino vender. Estar **hoy** y **ahora** y desaparecer mañana.

La ilusión de la comunicación vuelve como un *leit motiv* recurrente en los medios.

Cabe cerrar esta explicación con una cita de Umberto Eco (1996) que sintetiza en un enfoque coincidente la postura de Bourdieu: "Nuestro siglo fue el de la comunicación instantánea, Hernán Cortés pudo destruir una civilización y, antes de que la noticia se difundiese, tuvo tiempo para encontrar justificativos a sus emprendimientos. Hoy, las masacres de la Plaza Celestial de Pekín, se vuelven actualidad en el mismo momento en que se desarrollan y provocan la reacción de todo el mundo civilizado. Pero el exceso de informaciones simultáneas, provenientes de todos los puntos del planeta, produce hábito. El siglo de la comunicación **transformó la información en espectáculo**. Y nos arriesgamos a confundir la actualidad con la diversión". Una buena reflexión para interpretar la crítica del sociólogo francés que hace hincapié en los aspectos desestructurantes de la velocidad en la que estamos instalados y en sus consecuencias inevitables, si no se elabora lo que se desea transmitir desde un lugar más cercano a la necesidad del hombre que a la del producto. Bourdieu, que ejerció la sociología como la ciencia cuya función es revelar cosas ocultas, vive y piensa en un país, Francia, donde un fuerte estado social resiste todavía el absolutismo del mercado y donde la ciencia y la cultura conservan un lugar muy importante en el mundo -y son celosas de su autonomía-.

Por lo tanto es factible poner en práctica su tentativa de solución: negociar, intelectuales y medios, acuerdos para resguardar las condiciones en las que puedan transmitir sus informaciones y conocimientos.

En la Argentina de hoy, como sabemos, esta realidad es intransferible y los espacios del poder están celosamente cuidados, con muy pocos permisos para los intelectuales.

Y de la lectura, de esa forma de detenernos frente a un texto verbal o no verbal, de esa costumbre de acudir al encuentro de otros discursos que no sean personales para ver más allá de nuestro campo de experiencias ¿qué podemos decir o mejor dicho qué podemos hacer? Resistir, porque esencialmente la vida es un acto de resistencia y de solidaridad y volvemos a Pennac: "el tiempo de leer, al igual que el tiempo de amar, dilata el tiempo de vivir (...). Lo que ocurre es que la lectura no depende de la organización del tiempo social, es, como el amor, una manera de ser (...) Basta una condición para esta reconciliación con la lectura, no pedir nada a cambio. Absolutamente nada (...). La gratuidad." Y sin quererlo volvemos al libro, a sabiendas de que hay otros formatos y que es necesario leerlos con inteligencia, saber sobre

ellos. Quizás, porque no somos adolescentes, porque aprendimos a leer sin violencias, porque sabemos resistir o porque no ingresamos en la posmodernidad, le damos un lugar de preferencia al libro.

Finalmente, porque para muchos de nosotros nos es grato disfrutar de la lectura que es como convivir con la esperanza de furtivos o definitivos encuentros con la vida.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, Pierre (1996) **Sur la télévision. Suivi de L'emprise du journalisme.** París: Raisons D'Agir, Liber.

Eco, Umberto (1996) "Rápida utopía." En: **Textos para pensar**, compilación. Buenos Aires: Banco Provincia, separata especial de Revista Noticias, febrero.

Pennac, Daniel (1996) **Como una novela.** Barcelona: Anagrama.

Trabajo presentado y aprobado en enero de 1998.